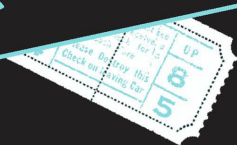


Agatha Christie®



EL MISTERIO DE LA GUÍA DE FERROCARRILES

HÉRCULES POIROT
y el primer asesino en serie
de su carrera



booket

Agatha Christie

El misterio de la guía de ferrocarriles

Traducción: José Mallorquí Figuerola

Capítulo 1

La carta

En junio de 1935 regresé de mi rancho de América del Sur para disfrutar de una estancia de seis meses. Allí la vida se había puesto difícil, pues, como en todas partes, sufríamos las consecuencias de la depresión mundial y yo tenía varios asuntos que resolver en Inglaterra que solo podían ser solucionados personalmente. Mi esposa se quedó para dirigir el rancho.

No necesito decir que una de las primeras cosas que hice al llegar fue ir a ver a mi viejo amigo Hércules Poirot.

Lo encontré instalado en uno de los más modernos departamentos de Londres. Lo acusé —y él me dio la razón— de haber escogido aquel edificio solo por su aspecto y proporciones geométricas.

—Desde luego, amigo Hastings, es de una simetría fascinante, ¿no cree?

Le contesté que veía demasiados ángulos rectos y, aludiendo a un viejo chiste, le pregunté si, en medio de aquel ambiente tan moderno, conseguía que las gallinas pusieran huevos cuadrados.

Poirot se rio de buena gana.

—¡Ah, veo que lo recuerda! Desgraciadamente la ciencia no ha conseguido convencer a esos animales de

la necesidad de amoldarse a las costumbres modernas, ¡y siguen poniendo huevos de todos los tamaños y colores!

Contemplé a mi amigo con afecto. Su aspecto era inmejorable. Apenas parecía un día más viejo que la última vez que lo vi.

—Tiene un aspecto magnífico, Poirot —le comenté—. No ha envejecido nada. Casi estoy por decir que tiene menos canas que la última vez que nos encontramos.

El rostro de mi amigo se iluminó.

—¿Y por qué no habría de ser así? Es completamente cierto.

—¿Quiere hacerme creer que el cabello se le vuelve negro en lugar de blanco?

—Sí.

—¡Pero eso es científicamente imposible!

—¡En absoluto!

—Me parece extraordinario e inverosímil.

—Como de costumbre, Hastings, tiene la mente más pura e ingenua que existe. ¡Los años no le han cambiado! Percibe el hecho, menciona la solución y, al mismo tiempo, no se da cuenta de que lo hace.

Le miré confundido.

Sin añadir palabra, se dirigió a su cuarto y, tras volver con una botella en la mano, me la tendió.

La contemplé unos momentos sin llegar a comprender lo que leía. La etiqueta del frasco rezaba así:

REVIVIT

Para volver a su antiguo color el cabello

REVIVIT NO ES UN TINTE

En cinco tonos: ceniciento, caoba, rubio, castaño y negro

—¡Poirot! —exclamé—. ¡Se ha teñido el pelo!
—¡Por fin ha descendido sobre usted la revelación!
—¡Por eso lo tiene más negro que la última vez que estuve aquí!

—Exactamente.

—¡Dios mío! —murmuré, recobrándome de la impresión—. Supongo que la próxima vez que vuelva de América llevará un bigote postizo, si no lo lleva ya.

Poirot hizo una mueca de disgusto. El bigote había sido siempre su punto más sensible. Era su mayor orgullo. Mis palabras hirieron su amor propio.

—No, no, *mon ami*. Ruego a Dios que ese día esté bien lejano. ¡Bigote postizo! *Quelle horreur!*

Y tiró de él vigorosamente para convencerme de su autenticidad.

—Ya veo que se mantiene tan exuberante como siempre.

—*N'est ce pas?* En todo Londres no he visto nunca otro bigote comparable al mío.

Eso sería difícil, pensé para mí, pero por nada del mundo hubiera querido herir sus sentimientos. En lugar de eso, preferí preguntarle si seguía ejerciendo su profesión.

—Ya sé que se ha retirado hace años de su trabajo.

—*C'est vrai*. Ahora me dedico a cultivar calabacines. Pero, en cuanto ocurre un crimen, los mando al diablo. Ya sé lo que va a decir: soy como una *prima donna* que cada año celebra su última actuación, ¡esa definitiva retirada del teatro que se repite un sinnúmero de veces!

Me eché a reír.

—De verdad, me está ocurriendo así. Cada vez me digo: «Esta será la última». Pero no hay forma, ¡se presenta algo más! Y debo admitir que me alegro de ello. Si las células grises no se ejercitan, acaban por oxidarse.

—Comprendo. Lo que hace es ejercitarlas de un modo moderado.

—Eso mismo. Cuando algo me interesa, lo acepto. Para Hércules Poirot, solo la flor y nata de los crímenes.

—¿Ha habido mucha flor y nata últimamente?

—*Pas mal*. Hace poco me escapé por muy poco.

—¿De algún fracaso?

—No, no. —Poirot parecía ofendido—. Lo que ocurrió es que a mí, a Hércules Poirot, por poco me eliminan.

Emití un silbido.

—¿Algún audaz asesino?

—No tan audaz como descuidado —explicó Poirot—. Sobre todo, descuidado. Pero no hablemos de ello. Ya sabe, Hastings, que en muchos aspectos lo considero mi amuleto de la suerte.

—¿De veras? ¿En qué aspectos?

Poirot no contestó directamente a mi pregunta. Siguió hablando:

—En cuanto me enteré de su viaje, me dije: «Algo se presentará y, como en otros tiempos, cazaremos los dos juntos. Pero tendrá que ser algo extraordinario, algo... —agitó las manos con excitación—, algo *recherché*, delicado, *fine*». —Dio a esta palabra tan intraducible una entonación especial.

—Poirot, cualquiera diría que está encargando una cena en el Ritz.

—¿Y por qué no ha de poderse encargarse un crimen lo mismo que una cena? —Lanzó un suspiro—. Pero confío en la suerte, en el destino. El suyo es estar junto a mí y librarme de cometer el error imperdonable.

—¿A qué llama «el error imperdonable»?

—A pasar por alto lo evidente.

Durante unos segundos traté en vano de comprender el significado de aquellas palabras.

—Bien —dije al fin sonriendo—, ¿no ha aparecido todavía ese supercrimen?

—*Pas encore*. Por lo menos..., no sé si...

Se interrumpió, frunciendo el entrecejo. Automáticamente ordenó unos objetos que yo, sin darme cuenta, había movido.

—No estoy seguro —afirmó poco a poco.

Había algo tan extraño en su voz que le miré sorprendido.

De pronto, tras un rápido y decidido movimiento de cabeza, cruzó la habitación hasta un escritorio próximo a la ventana. El contenido del mueble estaba tan cuidadosamente ordenado que mi amigo no tuvo la menor dificultad en encontrar lo que buscaba.

Enseguida regresó a mi lado con una carta abierta en la mano. La leyó para sí y luego me la entregó.

—Dígame, *mon ami*, ¿qué le parece esto?

Estaba escrita en caracteres de imprenta en una hojita de un bloc de notas. La tomé con gran curiosidad.

Señor Hércules Poirot:

Usted se precia de esclarecer todos los misterios que son demasiado difíciles para nuestra estúpida policía británica, ¿verdad? Pues veamos, inteligente señor Poirot, lo brillante que es usted. Quizá esta nuez que voy a ofrecerle le resulte demasiado difícil de cascar. Preste atención al 21 de este mes en Andover. Suyo afectísimo,

A.B.C.

Miré el sobre. También estaba escrito en caracteres de imprenta.

—El matasellos es de W.C.1 —me aclaró Poirot al ver que observaba con detenimiento el sello—. Bien, ¿qué opina?

Encogiéndome de hombros, se la devolví.

—Algún loco, supongo.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—Hombre, ¿es que a usted no le parece obra de un loco?

—Desde luego.

La gravedad de su tono me hizo mirarle con curiosidad.

—Parece que se lo toma muy en serio, Poirot.

—Un loco, *mon ami*, es un ser al que hay que tomarse muy en serio. Un loco es alguien muy peligroso.

—Sí, claro. No había pensado en eso. Pero lo que yo he querido decir es que, más que obra de un loco, parece obra de un idiota. Alguien que se ha pasado de rosca.

—¿De rosca? ¿Qué tiene que ver aquí una rosca?

—Nada, solo es una expresión. Alguien que no «está del todo en sus cabales» o que a lo mejor le da demasiado a la botella.

—*Merci*, Hastings, ahora lo he entendido. Puede que sea exactamente tal como dice.

—Pero usted no lo cree —le interrumpí ante el tono insatisfecho de sus palabras.

Poirot sacudió dubitativo la cabeza y no contestó.

—¿Qué medidas ha tomado? —le pregunté.

—¿Qué podía hacer? Se la enseñé a Japp. Fue de su misma opinión. Una broma estúpida fue la expresión que utilizó. En Scotland Yard reciben cada día infinidad de cartas por el estilo. Por lo visto yo también debo de tener mi parte.

—Pero usted se lo toma en serio.

Con voz pausada, Poirot contestó:

—Hay algo en esta nota que no me gusta, Hastings.

A mi pesar, el tono de su voz me impresionó.

—¿Qué se imagina?

Sacudió la cabeza y, tomando la nota, la guardó otra vez en el escritorio.

—¿Piensa hacer algo, ya que se lo toma tan en serio?

—¡Siempre el hombre de acción! Pero ¿qué puedo hacer? La policía del condado también ha visto la carta y tampoco se la han tomado en serio. No hay huellas en ella. No existe la menor pista que pueda conducirnos a descubrir quién la ha escrito.

—O sea, que solo cuenta con su instinto.

—Nada de instinto, Hastings. Instinto es una mala definición. Son mis conocimientos, mi experiencia, lo que me dice que en esa carta hay algo malo.

Agitó la carta y, al fin, cuando le fallaron las palabras, sacudió la cabeza.

—Quizá esté haciendo una montaña de un grano de arena. Pero, sea como fuere, no se puede hacer otra cosa que esperar.

—Bien, el viernes es veintiuno. Si ocurre un gran robo cerca de Andover, entonces...

—¡Qué alivio sería!

—¿Un alivio? —Le miré asombrado. La palabra me pareció simplemente inadecuada—. Un robo puede ser excitante, pero nunca un alivio —protesté.

Poirot sacudió negativamente la cabeza.

—Está en un error, amigo mío. No comprende lo que quiero decir. Un robo sería un alivio porque libraría mi cerebro de un temor peor.

—¿Un temor a qué?

—Asesinato —respondió Hércules Poirot.